

Ginny Light

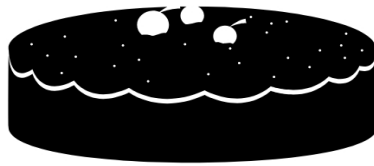
CHEF POR ACCIDENTE (Y POR AMOR)

**Relato exclusivo de
Manual para salvar el mundo
(y reconquistar a tu ex)**



Ginny Light

CHEF POR ACCIDENTE (Y POR AMOR)



Jacob estaba disfrutando de un breve tiempo de tranquilidad, pues Aurore se había ido a dormir por el dolor de ovarios y él no tenía nada que hacer. Era un día de esos poco inusuales para él porque parecía que nadie precisaba de un héroe. Se le pasó por la cabeza ir al gimnasio, entrenar un poco y mantener su musculatura bien en forma, pero no le apetecía. Además, no quería dejar sola a Aurore por si esta lo necesitaba.

Se encontraba sentado en su maravilloso sofá con Ari dormitando a su lado. Y pensó en encender la tele para distraerse, pero teniendo en cuenta que saldría en las noticias y tenía cero ganas de verse en la pantalla decidió que era mejor buscar otro entretenimiento. Ya había tenido que lidiar con sus alumnos y su escrutinio por la mañana como para tener que aguantar los programas de cotilleos de la televisión.

Su estómago gruñó de hambre, como hacía cada dos horas, y se levantó para ir a la nevera. Le apetecía algo con calorías y dulce, supuso que era un indicio de que su cuerpo le estaba pidiendo azúcar, ya que no había desayunado mucho esa mañana. Había estado más pendiente de Aurore que de otra cosa.

Abrió la nevera y para su gran pesar no había nada dulce en ella, dado que

Aurore se había terminado los helados de chocolate que compró ayer y a él no le apetecía comerse uno de esos tan asquerosos de proteína. Así que se quedó apoyado en la puerta abierta de la nevera barajando las posibilidades que tenía.

Pensó en pedir algo a través del móvil o, por otra parte, podría ir él mismo al supermercado. Tal vez para comprarle algo a Aurore que la animara. Cerró la puerta y fue al dormitorio.

Se cambió de ropa, se puso unos vaqueros, una camiseta color teja y cogió una de sus chaquetas del armario. Sacó del cajón una de sus gorras, la azul con el logo de los Wildcats, y sus gafas de sol. Se hizo un moño alto con el pelo para ocultarlo debajo de la gorra y se calzó unas deportivas.

Fue hasta la habitación de Aurore y golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Aurore? —preguntó en un susurro.

—Entra —respondió de forma amortiguada desde el otro lado.

Jacob abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras, con las cortinas echadas y la luz apagada. Aurore estaba tumbada en la cama, en posición fetal y con los ojos cerrados. Él se acucilló a su lado y le pasó la mano por la cabeza esperando que ella no le diera un manotazo, pero para su alegría ella aceptó el gesto.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó en voz baja.

—Como si fuera un cerdo en un matadero. ¿Quieres algo? —Abrió los ojos para mirarle.

—Eso te iba a preguntar yo —dijo quitándole un mechón que le acariciaba la mejilla—. Voy a ir al supermercado, ¿te compro algo?

—Chocolate, palomitas de micro y un puñal.

—¿Un puñal? —preguntó alzando la ceja.

—Para clavármelo en el útero. —Soltó una risita entrecortada—. Tranquilo, en nada me harán efecto las pastillas.

—Está bien. Volveré enseguida, descansa. Y si necesitas un cuchillo tienes un amplio surtido en la cocina.

—Gracias, Jacob —le respondió volviendo a cerrar los ojos—. Voy a ver si duermo un poco.

Jacob se caló bien la gorra y cerró la puerta del dormitorio de Aurore. Se puso las gafas de sol para ocultar su característica mirada y cogió la cartera que estaba en la mesa del salón.

Ya en el supermercado se dedicó a pasear por los pasillos con una cesta de la compra colgada del antebrazo. Algunas personas se paraban a verle, pero para su sorpresa y alivio nadie se acercó a él. Supuso que debían de pensar que no era él, pues ¿quién en su sano juicio se expondría dos veces a lo mismo en tan poco tiempo? Pero ellos no sabían que él haría cualquier cosa por Aurore, incluso mandar su reputación a la mierda con tal de complacerla.

Se dirigió al estante de los dulces que ocupaba un largo corredor y comenzó a coger chocolate de todas las marcas y sabores, excepto el blanco, pues sabía que a Aurore no le gustaba mucho. Al lado del chocolate había unas cajas rojas que le llamaron la atención. Vio que eran tartas para hacer, una de ellas era un *brownie*. Leyó las instrucciones de detrás y vio que contenía todos los ingredientes y que él solo tenía que seguir los pasos. Además de comprar las nueces.

La añadió a la cesta, le apetecía hacer algo especial para Aurore. No era gran cosa, lo sabía. Pero si conseguía que ella sonriera, aunque fuera solo un poco, ya valía la pena prenderle fuego a la cocina si hacía falta. Porque la cocina no era su fuerte. Por mucho que su padre fuera chef y su madre repostera, él no había heredado su talento para cocinar. De todos modos, pensó que no era tan tonto y que podría seguir unas instrucciones.

También cogió unas cuantas latas de refresco, las palomitas que le había pedido Aurore, unos helados de galleta y chocolate que nunca había visto y, por último, las nueces.

Se dirigió a las cajas. Pensaba pagar en las que tú mismo pasabas los productos y pagabas con tarjeta, pero al ver que había una cajera libre decidió pagar allí para ganar tiempo. Mientras guardaba la compra, no podía dejar de sentirse incómodo; la cajera no dejaba de mirarle de arriba abajo y él rezaba por dentro esperando a que no le dijera nada. Y, para su suerte, se largó del supermercado sin montar una escena, de nuevo.

Una vez en el apartamento, dejó la compra sobre la isla de la cocina, que al final consistía en tres bolsas y una extra de la farmacia. Había pasado por esta para comprarle a Aurore un masajeador electrónico para la espalda y para que le ayudara con sus cólicos menstruales. Esperaba que le sirviera, si no él pensaba darle uso para las cervicales y los hombros, pues era donde mayor tensión acumulaba.

Lo sacó y guardó todo en los muebles de la cocina, al alcance de Aurore para que pudiera coger lo que deseara sin ayuda, aunque a él le encantaba alcanzarle las cosas de los altillos y que lo necesitase porque podía acercarse más a ella. Pero no iba a ser tan cabrón ahora que ella estaba

dolorida y molesta, en cualquier momento le clavaría un cuchillo sin dudarlo. Y era posible que se lo mereciera.

Cuando lo colocó todo, sacó la caja del *brownie* y la dejó sobre la encimera. Se miró de arriba a abajo y reflexionó que lo mejor era cambiarse antes de comenzar a hacer el postre. Fue al dormitorio a ponerse unos pantalones de chándal y, cuando se quedó solo con los pantalones puestos, pensó si ponerse también una camiseta o no, pues con lo torpe que era a veces con las cosas que requerían delicadeza era muy probable que acabase manchado entero. Decidió quedarse con el pecho al aire y ponerse el delantal que le había regalado su madre hacía dos años, aquel que escondió en algún cajón de la cocina.

Con una sonrisa en los labios, volvió a la cocina con la misión de prepararle a Aurore un postre a su altura.

Rebuscó entre los cajones y al final, debajo de todos los trapos de cocina, encontró el delantal, el cual era blanco y tenía estampado la frase: «Está más bueno que lo que cocina». Se lo anudó a la espalda y apoyó las manos sobre la encimera.

—Muy bien, Jacob. Hay que impresionarla —se dijo a sí mismo en voz alta.

Se dio unas palmadas al unísono en ambas mejillas para motivarse y encendió la cadena de música del salón para animar el ambiente. La voz de Kalendula, la vocalista de los Dark Spirit, que era su grupo favorito, comenzó a sonar. Bajó el volumen para no despertar a Aurore, pues era peor una regañina suya que cualquier cosa.

Abrió la caja para dejar todos los ingredientes sobre la isla de la cocina. Después leyó las instrucciones y su piel palideció cuando vio que lo tenía todo menos la vainilla.

—Joder no, ¿por qué no lo he leído bien en el súper? —se preguntó en voz alta.

Jacob cogió el móvil y le escribió un mensaje a su madre preguntándole qué podía usar para un *brownie* si no tenía esencia de vainilla a mano.

El mensaje de su madre no tardó en llegar. Supuso que la pregunta la había tomado tan desprevenida que había contestado enseguida, pues él no solía mandarle mensajes por el poco tiempo que tenía, y mucho menos de calado culinario.

«Si no tienes esencia de vainilla, échale un chorrito de Amaretto o ron dorado, no mucho. Le dará un sabor rico y un punto dulce. Ojo, no te pases».

Jacob suspiró. Algo de eso debía de tener por casa de todos los licores que le habían regalado como agradecimiento, aunque él no se hubiera bebido nunca ninguno.

—Solo es un bache —dijo para intentar infundirse algo de optimismo.

Precalentó el horno a ciento ochenta grados como ponía la caja y comenzó a buscar boles para mezclar los paquetes. Solo necesitaba tres huevos y una de las tabletas de chocolate que había comprado. Colocó todos los ingredientes sobre la isla y los miró uno por uno, mentalizándose. Cogió la caja y leyó las instrucciones tres veces.

—Lo tengo todo menos la vainilla. Vamos a ver esos licores.

Jacob abrió el armario de la cocina donde estaban todas las botellas olvidadas de los licores que había acumulado en esos años, llenos de polvo y aún con los sellos que indicaban que no se habían abierto. Buscó entre todos y encontró un *bourbon* de color dorado que le llamó la atención. Leyó los ingredientes y vio que era de cuarenta grados, así que decidió que a Aurore le vendría bien para calentarse por dentro.

—Notas de vainilla, caramelo y roble... Suena a postre, ¿no? —se dijo a sí mismo mientras levantaba los hombros—. Pone que tiene vainilla, servirá.

Comenzó a mezclar los polvos en un bol mientras ponía un cazo al fuego y el chocolate comenzaba a derretirse. Mientras removía la mezcla cogió el *bourbon* y lo abrió. El olor a alcohol inundó sus fosas nasales y tosió.

Echó unas gotitas del líquido dorado y dejó la botella al lado del bol. Entonces un olor a quemado le abrumó la nariz.

—Joder, mierda.

Se giró y vio que el chocolate se había derretido por completo, estaba negro. Lo apartó del fuego tan rápido que no pensó en el calor que emanaba del cazo y se quedó con el mango en la mano.

—No, mierda. —Soltó el cazo sobre la encimera y el chocolate lo salpicó todo.

Se llenó el antebrazo izquierdo de chocolate, su piel ardía. Activó su Talento un instante y sus células se pusieron a trabajar a toda prisa para curarle la quemadura.

—Menos mal que mi Talento me cura —dijo tras soltar un siseo al notar que remitía el dolor.

Cogió otra tableta de chocolate y, esta vez, pensó que la mejor opción para derretirla era el microondas. La partió en varios trozos, la puso en una taza y directa a fundir.

Mientras esperaba a que se fundiera, mezcló los últimos pasos del postre, le puso otras gotitas de licor, pues no se acordaba de si había echado alguna con anterioridad, y añadió las nueces.

Rebuscó en el mueble donde tenía algunos táperes y encontró un molde que le había regalado su madre, aunque tenía forma de corazón. No tenía otro, debería valer. Esperaba que Aurore no lo matase por la forma del *brownie*.

Vertió el chocolate fundido, esta vez sin quemarse, en la mezcla y lo removió todo. Esta adquirió un bonito color marrón y asintió con entusiasmo al ver su trabajo. Por lo menos no le había prendido fuego a la cocina. Abrió la puerta del horno y metió el molde.

Mientras esperaba a que el postre se cociera se quitó el delantal, estaba cubierto de chocolate por todas partes. Desde la mejilla izquierda, el cuello, un lado del pectoral y, por supuesto, el brazo. Cuando alzó la vista se quedó

de piedra, Aurore estaba apoyada en la pared mirándolo con las mejillas rojas.

—¿Por qué huele a quemado? —preguntó desviando la mirada—. ¿Quiero saber por qué estás cubierto de una sustancia marrón y sin camiseta?

—Es ch-chocolate —respondió aturullado.

—¿Por qué estás cubierto de chocolate? —Aurore se acercó hasta la isla de la cocina.

Pasó su mirada por su cabello, su cuello y su torso. Jacob sintió cómo le ardían las mejillas.

—Quería...

Ella miró su antebrazo, que a pesar de estar curado tenía un leve tono rojizo.

—Te has quemado. —Le cogió por la muñeca y lo miró bien.

—No es nada, casi está curado.

—Eres idiota. Tengo crema para las quemaduras en mi habitación.

—No es necesario, Aurore.

Ella suspiró y le soltó el brazo.

—He venido a por algo de beber —dijo abriendo la nevera—. Me vuelvo a la cama. —Cogió una botella fría de agua.

—Descansa —le dijo Jacob que no sabía dónde esconderse.

Se sentía como si fuera un niño pequeño al que pillan haciendo una travesura.

Aurore se estaba marchando, pero se detuvo un instante. Giró la cabeza sobre su hombro y suspiró.

—Cuando esté lista la cosa esa del horno, me avisas.

Jacob la vio reanudar el camino a su habitación y escuchó cómo la puerta se cerraba de nuevo.

Él vació por completo sus pulmones y sonrió. Tuvo que reprimir el grito que le nació en el pecho, porque estaba demasiado feliz. Ella quería lo que le había preparado y solo deseaba que estuviera a su gusto y que lo disfrutara.

Tras la alegría inicial, retomó su tarea de quitarse el chocolate de encima. Unos minutos después, se limpió en el fregadero de la cocina y se puso una camiseta limpia. Cuando el temporizador del horno sonó, cogió unas manoplas que había dejado sobre la encimera y sacó su creación del horno.

Lo miró, le parecía que estaba bien. No estaba quemado por fuera y tenía un color apetecible. Lo desmoldó dándole un golpe seco, usando su Talento, y este salió disparado del molde. Cayó sobre el plato con tanta fuerza que lo partió.

—Otro desastre no, hostias —dijo en voz alta.

—¿Por qué siempre que no estoy pasa algo? —dijo Aurore detrás de él.

Se giró. Ella tenía una sonrisa de medio lado mientras estaba sentada en uno de los taburetes de la isla.

—Porque tú eres la sensata de los dos —le dijo mientras cogía otro plato, pasaba el postre a ese y tiraba los trozos rotos a la basura.

—Me gusta que reconozcas mi estatus —le dijo mirando el postre—. ¿Soy yo o tiene forma de corazón?

—Es el único molde que tenía.

—Entiendo. —Frunció los labios—. ¿Y qué se supone que es?

—*Brownie*.

Aurore soltó un grito, se bajó del taburete y fue directa hacia el postre.

—Adoro los *brownies*. Espero que esté bueno, si no tendrás que preparar otro o comprar uno.

Jacob sonrió divertido ante su entusiasmo, pues en ese momento Aurore estaba medio bailando de felicidad.

—¿Has comprado helado? —le preguntó sonriente.

—Sí, en el congelador.

—Perfecto, el *brownie* se come con helado. —Se dirigió hacia el sofá—. Te permito que me sirvas.

Aurore se sentó y Jacob se colocó de nuevo el delantal de cocinero, dispuesto a desempeñar su papel.

Cogió un plato, cortó el postre y puso un buen trozo. Después sacó el helado y sirvió varias cucharadas al lado. Fue hasta Aurore y se lo tendió.

—Para la señorita.

Aurore se quedó un instante mirando su delantal y aceptó el plato.

—Espero que sea mentira lo que dice el delantal. —Le guiñó el ojo—. Aunque sí es verdad que estás bueno.

Jacob tosió incómodo antes de responder.

—Yo también lo espero.

Jacob se quedó a su lado, sin apartar los ojos del plato, esperando a que ella lo probase. Estaba muy nervioso.

Aurore partió un trozo con la cuchara y lo examinó.

—Parece un *brownie* normal. ¿Por qué no te sirves un poco?

—Prefiero que tú hagas los honores.

—Por si está envenenado. Te creía una mejor persona, Jacob.

Este soltó una carcajada y Aurore se llevó el trozo a la boca.

Jacob contenía el aliento mientras ella masticaba y pasaba de poner cara de puro deleite a tragárselo sin más.

—¿Qué putas le has echado? Sabe como si me hubieras echado un chupito de postre.

—Bueno... No tenía vainilla y le he puesto unas gotitas de *bourbon*, que tiene vainilla.

—Joder, ¿me quieres emborrachar? Ya estoy piripi por las pastillas, imagínate con esto.

Jacob bajó la cabeza avergonzado y le quitó el plato del regazo.

—Lo siento, iré al supermercado a comprar uno.

—¡Eh! Devuélvemelo.

Jacob ladeó la cabeza sin entender nada.

—Trae para acá —le dijo Aurore moviendo la mano.

Le devolvió el postre.

—Está fuerte, pero es comestible. Además, no se tira la comida. Me lo comeré, pero tú también debes comer conmigo.

Jacob sonrió, aliviado.

—Eso está hecho.

Fue hacia la cocina para servirse un trozo.

—Jacob, gracias por intentar animarme.

Ambos pasaron la tarde en el sofá, viendo una película y comiendo *brownie* borracho, como lo bautizó Aurore. Jacob estaba feliz por haber cumplido su meta: que ella se sintiera mucho mejor, a pesar de que el *brownie*, para su gusto, estaba asqueroso.